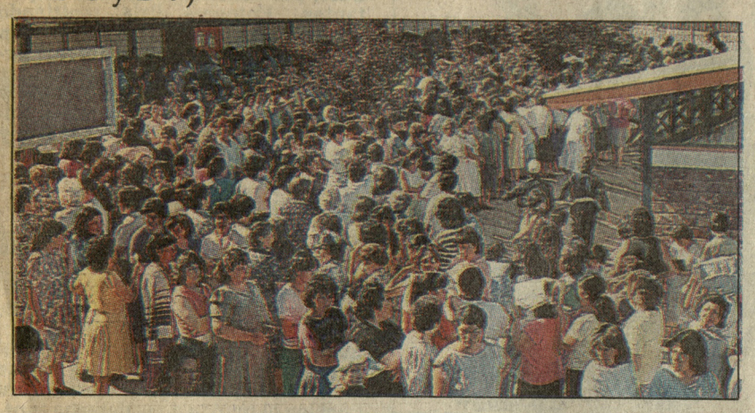
830-1

Las Platas de los Partidos

● Con el antecedente de la falta de transparencia en los gastos de las últimas elecciones, los partidos políticos hacen caja de diferentes formas para afrontar los gastos de las municipales que vienen. (Reportaje en páginas D 6 y D 7)





Jóvenes y Moral

● ¿Cómo recibió la juventud el mensaje del arzobispo Carlos Oviedo acerca de la permisividad? Por las respuestas de cinco líderes estudiantiles que reunimos, parece que el mensaje llegó demasiado tarde. (Páginas D 4 y D 5)



El Gasto Social

● El polémico tema del destino de los dineros para los sectores más desposeídos es abordado por Alvaro García, de Mideplán, y Patricia Matte, del Instituto Libertad y Desarrollo. (Páginas D 10, D 11 y D 13)

Reportajes
EL MERCURIO

CUERPO D

Santiago de Chile, Domingo 13 de Octubre de 1991

Cómo Volvió Altamirano

Por RAQUEL CORREA

-¿Es cierto que Carlos Altamirano es un renovado?

Mira de frente un segundo. Viste un terno café oscuro de cotelé; unos enormes zapatos negros con cordones y lleva corbata, también. Todo muy europeo. Se quita su enorme reloj pulsera de esfera blanca y lo pone sobre la mesita de centro.

—Le pido que me dé tres cuartos de hora. Yo le digo lo que pienso y usted me pregunta lo que quiera, pero me permite seguir mi orden.

Y comienza a hablar. Eran las 10:20 de la mañana. El cañonazo de las doce lo sorprendió hablando. Y continuó más aún. El chofer del taxi que lo encaminó hasta El Bosque a encontrarse con su mujer, Paulina Viollier, preguntó intrigado, mientras lo veía alejarse, "ese caballero ¿no era Carlos Altamirano?"

Por momentos su exposición parecía una clase magistral de un cientista político; a ratos seguía despacio, como en una catarsis, un desahogo largamente contenido. Muy fuerte, muy claro y hasta soberbio parecía a veces; molesto o adolorido en otros recodos del pasado.

—¿Está hablando como cientista político o como político?

—Como político. Hago una reflexión política a contar de mi experiencia política, no a contar de una teorización ni de lo que he leído, sino a contar de mi propia vida. Mi idea es darle una visión impresionista del mundo conceptual, político y ético en que me estoy moviendo. Ahí usted puede sacar sus conclusiones.

Su responsabilidad en la UP

—¿Qué responsabilidad asume en el Gobierno de la Unidad Popular? Porque muchos lo acusan de haber precipitado el golpe militar al pretender radicalizar el proceso.

—Estoy claro en que tuve un rol protagónico en ese período. Y también tengo claro que, más allá de lo que yo quiera o de lo que yo fui, la dictadura me sindicó como el principal responsable de ese período. Aparecí en múltiples llamados como el número uno... Pero de ese período, lo que me interesa es decir que no estoy arrepentido, ni avergonzado de haber jugado ese papel. Tampoco estoy acomplejado por eso. Creo que fue un período muy importante y muy positivo de la historia de Chile, que todavía no estamos en condiciones de juzgar porque no hay la perspectiva necesaria para hacerlo. Yo no puedo juzgarlo, porque mi apreciación y mi testimonio son subjetivos, parciales; pero tampoco pueden hacerlo nuestros adversarios de entonces. También ellos están muy influidos por las pasiones del momento... Entiendo por qué Francisco Encina suspendió la redacción de su gigantesca historia de Chile en la revolución del 91, treinta años después.

—Asumo mi responsabilidad en ese período —agrega con su peculiar modo de hablar, remarcando cada sílaba—. Cometimos errores. Cometí errores. Pero también estoy consciente de que hubo grandes aciertos que aún la dictadura respetó. Iniciativas de ese período han estado y continuarán fructificando.

Identidad política

—¿Cómo se define usted ideológicamente?

—¿Cuál es mi identidad política hoy día? Primero, yo defino me ideología según los valores y principios que informan mi nuevo pensamiento político, mis nuevas ideas, no según cartabones que han perdido gran parte de su vigencia. Para mí los términos de derecha, izquierda y centro no apuntan al fondo de una identidad política. Al contrario: sirven de escudo, de **camuflaje** de muchas cosas.

—Hoy día yo coloco el acento básicamente en los valores y principios que conforman un pensamiento político y por eso mismo no me preocupa —como ayer— ser de izquierda y, aún más, ser militante de la izquierda revolucionaria. Si antes se me hubiera negado esa caracterización, me habría sentido muy ofendido. En cambio hoy, si se me intenta situar en una posición de centro... me da igual. Debido a la gigantesca mutación civilizacional en que nos encontramos, esos conceptos de derecha e izquierda están perdiendo gran parte de su capacidad explicativa.





FOTOS: VICTOR CALZADILLAS

● "Asumo mi responsabilidad en el período de la UP. Cometimos errores. Cometí errores... Pero no estoy arrepentido ni frustrado".

● "Yo cambié. El mundo cambió... Si Lenin y Marx vivieran hoy día, no sé si estarían a mi derecha, por así decirlo".

● "Fidel arrastra a su pueblo por una calle ciega. Por ese camino no hay salida. Si el socialismo se mostró inviable en la Unión Soviética, ¿puede subsistir en esa pequeña isla?"

Y pone ejemplos: "¿Cómo definir —se pregunta— a un conservador entre comillas o a un reformista en la sociedad soviética? El conservador, léase el partidario de mantener la sociedad fundada en el marxismo-leninismo puro y duro, ¿sigue siendo el hombre de izquierda, el revolucionario, el que lucha por cambios? El reformista, el que quiere cambiar esa sociedad e introducirle valores capitalistas, ¿es reaccionario? Yo pregunto: ¿Gorbachov es revolucionario o reaccionario? ¿Yeltsin es, en la jerga de ayer, un traidor a la causa revolucionaria, a los grandes principios del marxismo-leninismo?

—¿Qué piensa usted?

—Tanto Gorbachov como Yeltsin liderizan un proceso de cambio y transformación de la sociedad soviética en un sentido progresista, revolucionario. Mire, ¡qué paradojal es la historia! Pero no tomemos sólo la Unión Soviética como ejemplo. Para los socialistas latinoamericanos la visión del socialismo europeo era de un socialismo vendido al capitalismo, de un socialismo administrador del capitalismo. Me refiero al socialismo francés, italiano, inglés; a la social democracia sueca o alemana. En la izquierda, entre nosotros, aún hoy se sigue usando el término **social demócrata** en un sentido peyorativo. Se dice que habrían abandonado los grandes ideales revolucionarios y se habrían adaptado a administrar el sistema capitalista. Viviendo en Europa uno ve que esto no es así. No se puede explicar nuestra realidad latinoamericana extrapolándola a la europea. Ellos viven otra realidad y las respuestas a sus problemas son distintas a los nuestros. La experiencia me ha enseñado que no hay una sola izquierda mundial; que no hay un solo modelo mundial de izquierda. Hay valores, principios, visiones generales; pero mi visión de la política, del mundo, de la sociedad coincide mucho con la de Mitterrand o la de Felipe González. Claro que hay acentos propios de una historia distinta. Por eso no puedo pedirle a Mitterrand que dé respuestas idénticas a las mías en Chile. Pero hay valores y principios que nos informan por igual a Gorbachov, a Mitterrand y no digo a mí, porque va a parecer pretencioso... sino a un hombre que se sitúa en una posición de izquierda en América Latina.

—¿Como usted?

—Como yo me considero. En el mundo hay muchas izquierdas, según sea la realidad de cada región.

Los grandes valores

—¿Cuáles son los principios y valores comunes entre un Gorbachov, un Mitterrand y un Carlos Altamirano?

—Los principios y valores que enmarcan mis ideas hoy día son la democracia, la justicia social, la igualdad de oportunidades, el irrestricto respeto de los derechos humanos. La tolerancia es un principio fundamental para mí. En el mundo islámico, por ejemplo, no hay mucha tolerancia. Tolerancia, laicismo, solidaridad, humanismo, la defensa de la naturaleza, de los equilibrios ecológicos, la reivindicación de los derechos de la mujer, de la igualdad del hombre y la mujer. Esos son conceptos esenciales.

—Por ejemplo —continúa entusiasmado— en la guerra contra Irak hubo un enorme debate en Europa. Para unos era una guerra del primer mundo contra el tercer mundo; una guerra del imperialismo contra un pequeño país del Asia Menor, situado en el marco del tercer mundo. Con los antiguos esquemas, Bush resultaba el perverso y Saddam Hussein el bueno. Comencé a reflexionar... y llegué a la conclusión de que yo tenía muy poco que ver con Saddam Hussein y mucho más que ver con Bush. Sin estar con lo que Bush simboliza, pero ¿quién contradecía radicalmente cada uno de los valores que le enumeré? ¿Quien no es tolerante ni democrático; no respeta los derechos humanos, pretendió anexarse un país? ¿Por qué yo tenía que estar con Hussein contra Bush? Bush dista mucho de representar mis ideales y mis ideas, pero, por lo menos, da algunas batallas en nombre de la democracia. En este caso —aunque había mucha hipocresía— se decía que respetaba el derecho de determinación de los pueblos, que Irak no podía invadir a Kuwait porque era más poderoso. Se lo doy como ejemplo, para decirle cómo estoy tratando de reaccionar para distinguir el fondo de un problema específico y concreto y no guiarme por viejas fórmulas. ¡Trato de no quedarme en las formas y símbolos! Sobre todo en símbolos ya gastados.

¿PS o PPD?

—¿Con qué sector socialista chileno se siente más próximo: al Partido Socialista de Chile o al PPD?

—No he tomado partido. Todavía no capto bien la realidad chilena. El Partido Socialista es el partido al que dediqué mi vida, por el que he sido perseguido durante dieciocho

(Continúa en la página D 2)

"No Participaré en Política"

REVOLUCIONARIO y violentista, lo recuerdan unos. El responsable de la caída de Allende. Un loco, lo motejan otros. Ahora que ha vuelto, los menos creen que en verdad cambió. Y, por cierto, no faltan los que lo llaman renegado.

Ahí está Carlos Altamirano Orrego, pronto a cumplir setenta años. Alto y tan flaco como en sus tiempos de campeón de atletismo; con el pelo ya entrecano, tímido y arrogante; huidizo como un pajarito y astuto como el zorro. Ahí está, de vuelta, incómodo porque lo reconocen en la calle, "aunque la mayoría me saluda con cariño", acostumbrado a vivir en París, con un discurso que se alejó de las masas y se albergó en los cenáculos intelectuales de Europa.

Me recibió en la ribera del Mapocho, en el departamento de su hijo Carlos, con una escalera de caracol en el medio del living. "Ahí podríamos tomar una buena foto" sugirió Calzadillas. Y él, increíblemente ágil, trepó la escalera de fierro. Inhibido, certero y autocrítico —con un sentido del humor que no existía en su imagen pública— comentó con los ojos riendo detrás de los lentes:

—Aquí voy a parecer un loco. O un preso.

La luz llegaba desde la terraza, allá arriba. Aceptó subir. Y aparecieron el Parque Forestal, el viento y el cerro San Cristóbal. Los paisajes que perdió por dieciocho años...

Se quedó callado un rato. Absorto y hermético. Es difícil volver, se adivina al mirarlo.

—Ha dicho que no habla francés, ¿después de tanto tiempo? ¿Un bloqueo sicológico?

—Seguramente, sí —contesta y explica que no tiene condiciones para lenguas ajenas y que "uno de los mayores dramas del despatriado es que siempre está pensando que volverá mañana. Que **nunca deshace las maletas,** como se ha dicho tanto... Pero otra cosa es vivirlo". Así se le fueron los primeros años: entre el trauma del golpe y del exilio y la esperanza del regreso. Pero no estuvo aislado. Lee y entiende perfectamente todo lo que los demás dicen o escriben; "sin embargo, aunque mi francés es mejor que el de Tarzán, no domino el idioma como para expresarme con cierta sofisticación en el mundo de las ideas".

Está sentado en el living de un departamento prestado, "porque todavía no tengo casa y estoy viviendo en la casa de amigos en La Florida. Allá estoy construyendo mi casa. Un barrio modesto, pero así me gusta".

Al comienzo se ve muy rígido, en la punta del sofá. Poco a poco, mientras desarrolla las notas que garrapateó en un papel, se va relajando. Al final está tan a sus anchas que parece que nunca hubiera huído de Chile, que siempre hubiera estado sentado ahí.

—No me interesa una entrevista para hablar de la cocinería política — advirtió con firmeza—. Que fulano dijo, que mengano contestó. O puedo decir lo que pienso, o no doy la entrevista. Y discúlpeme usted — se suaviza levemente, con esa cortesía propia de la educación que recibió—, no lo tome como una arrogancia. Es la verdad.

Ya llegó el barco con sus cosas, intactas en los **containers,** como sellando su destino. Pero él todavía no termina de volver.

—Dieciocho años es demasiado tiempo. Al comienzo uno no piensa otra cosa que en regresar; después se va habituando, haciendo amigos, echando raíces. Tengo una nieta en Inglaterra que no habla una palabra de español, con la que casi no puedo cruzar palabra... Y al final, el retorno es como un nuevo exilio.

—Un "exiliado en su patria", como la Mistral...

—Sí —mira con desgano—. La Mistral fue una exiliada en el universo.

Ahora va a tramitar su jubilación que el 73 le fue negada. "Son treinta años. Profesor universitario; doce años parlamentario".

—¿Y usted piensa quedarse a vivir en La Florida, con su jubilación, y no participar más en política? ¿Ese es su plan?

—No voy a participar en política.

—¿No le gustaría volver al Senado?

—No. Mi proyecto es contribuir a conformar un nuevo pensamiento más renovado de las fuerzas progresistas de este país. Nada más.

—¿Militando?

—Es un problema que el tiempo resolverá. No creo que sea indispensable para que uno haga un aporte.

—¿Cree que si Allende viviera habría modificado, como usted, su pensamiento?

—Allende era un animal político. Un hombre realista. Creo que Salvador estaría en una posición acorde con el mundo de hoy. No me cabe duda que habría avanzado, pero no quiero escudarme en él.

—¿Qué le diría al General Pinochet si se encontrara con él a solas?

—... Francamente, no sé. Y prefiero no dar mi opinión sobre él: es muy negativa en lo humano y lo moral.

—¿Cree posible un nuevo gobierno de izquierda en Chile?

—Mientras no definamos con precisión qué entendemos por izquierda, no le puedo contestar. Sí digo que encuentro muy enorgullecedor para quienes profesamos una posición de izquierda que un Ricardo Lagos tenga la extraordinaria audiencia que tiene. Creo que tiene mucho que ver con su carisma personal. Y no sé si es el momento o no para un gobernante socialista...

Y agrega que ni ayer fue un "pije desclasado; la mía es una postura moral", ni hoy es un "renegado". "Son las caricaturas", dice con una melancolía que desaparece sólo cuando habla de política.

830-2

Cómo Volvió Altamirano

(Viene de la página D 1)

años. Pero, no. ¡No! Quiero ver cómo se desenvuelve, cuál es su nivel de renovación. Tampoco puedo asumir las posiciones del Partido por la Democracia: tendrá que precisar más aún sus conceptos. En términos generales, veo que Chile continúa muy anclado a definiciones antiguas. Tal vez sea muy injusto, pero como no he estado aquí, desconozco lo que están haciendo. Pero no me cabe duda de que hay una **inteligentia** muy valiosa en la izquierda chilena hoy día, tal vez como no la había antes. Pero no sé si esta **inteligentia** ha logrado transmitir sus ideas, sus nuevas formas de razonar a las organizaciones políticas, si ha logrado transformarse en el "intelectual colectivo" de la izquierda, de la sociedad y de la nación chilena. Yo creo que aún no. No es una crítica; tampoco lo habría logrado yo si hubiera estado aquí. Es un proceso. La izquierda está en un proceso de búsqueda en el mundo, no tendríamos por qué exigirle a este pequeño país perdido en el continente latinoamericano que sea el ¡único! que dé una respuesta. ¡Claro que no!

● "Para mí el camino hoy es gradual, en el sistema capitalista. La lucha de los próximos años será entre un capitalismo puro y duro y uno cristianizado, socialdemocratizado".



La caída del muro

—¿De que manera influyó en su pensamiento la caída del muro de Berlín?

—Imagínese. Vi cómo desaparecía, virtualmente en horas, una realidad en la que habitaban dos mil millones de seres humanos. Una realidad que, en términos geográficos, abarcaba más de un tercio del planeta terrestre. Me refiero a las sociedades del **socialismo real**: la Unión Soviética, la Europa central, China, innumerables países de Africa y América Latina.

Una realidad gigantesca, en términos geográficos y en términos humanos, se desplomó en un par de años. ¡En segundos de la historia! Para mí fue un proceso fascinante y muy doloroso también el derrumbe de ese mundo que, más menos, también era el mío.

—¿Cómo miraba ese mundo antes del colapso?

—Me sería muy fácil decir que siempre abominé de ese mundo. Pero más menos era nuestro mundo de la izquierda, aunque en mi caso era menos que más. Yo he vivido entre la fascinación y el drama ese incalculable acontecimiento histórico cuyos efectos perdurarán por todo lo largo del siglo 21. Aún no estamos en condiciones de medirlo... Pero yo lo he vivido como una gran liberación. En definitiva, en mí ha predominado la alegría porque, después de todo, ese sistema pesaba sobre el mundo como una gran lápida. Se estaba con ese mundo o contra él, sin opciones intermedias. No cabían, no había espacio.

Bebe a sorbos una gran taza de café puro y sigue:

Yo lo he vivido como un episodio muy feliz en este nuevo mundo que está emergiendo. Un proceso en el que no se sabe dónde quedará la Unión Soviética: puede caer en un caos horrible, en la dispersión más absoluta de sus repúblicas y sus etnias, un estallido de nacionalismos bárbaro. Todo puede ser, con la particularidad terrible de que cada nacionalismo maneja bombas nucleares propias. ¡Hay tres repúblicas soviéticas que tienen bombas nucleares! De ahí el temor europeo a una desintegración del mundo comunista. Otra paradoja de la historia: en Europa no se quiere la desintegración tan brutal del mundo comunista. Tampoco lo quiere el capitalismo de Estados Unidos. Imagínese una guerra civil... ¡con bombas nucleares! Todavía no sabemos en qué concluirá este proceso. ¿En la adopción lisa y llana de un capitalismo salvaje? ¡No es imposible! ¿De un capitalismo de Estado muy mediatizado? Tal vez. ¿Se salvará el imperio o se deshará en múltiples repúblicas autónomas? La Unión Soviética ¿terminará en una alianza decidida en el co-gobierno del mundo con Estados Unidos?

—Personalmente —continúa desarrollando sus ideas— pienso que se está produciendo una concertación estratégica entre Estados Unidos y lo que se llamaba o todavía se llama **Unión** Soviética. Sin duda tras el desarme hay un acuerdo mucho más profundo de lo que parece en los medios de información entre Bush y Gorbachov. Se está configurando un concierto en lo que ayer era una guerra terrible entre imperialistas norteamericanos y socialistas. Hoy eso está terminado. Hay que pensar con seriedad sobre estos términos; sencillamente ya no me cuadran. Con esos conceptos —de imperialistas y antiimperialistas— ya no puedo analizar la realidad que estamos viviendo en 1991. ¡Nada me cuadra!

—Me pregunta cómo viví el derrumbe de esta gran ilusión, el colapso de una gran experiencia histórica, la desintegración del último de los imperios mundiales: el imperio soviético. No hay que mirar con terror este vacío, hay que percibirlo como algo muy positivo que ha ocurrido en el mundo, que nos permite replantearnos con libertad, repensar nuestras ideas con autonomía, con capacidad creativa, no anclados por este peso de antes, cuando si decíamos algo estábamos minados por los conceptos pequeño burgueses, habíamos traicionado los grandes ideales revolucionarios, nos dominaba la ideología burguesa... Entonces yo, entre miles y millones de seres, me intimidaba. Tenía el problema y aunque la duda me asistía... callaba.

—¿Cuándo o por qué advirtió usted que comenzaba a crujir ese mundo?

—Fue un proceso, pero para mí comenzó entre los años 76 y 79. En los primeros años de exilio estaba demasiado traumatizado por lo ocurrido en Chile durante y después del golpe de Estado... De Chile salí a Alemania Democrática y me instalé en lo se llamaba —fíjese— la **República** Democrática Alemana. Era un país de diecisiete millones de habitantes, la décima potencia industrial del mundo, el más desarrollado de los países del socialismo real. No estamos hablando de un paisito sino de un muy importante país en el corazón de Europa.

Otro lenguaje

—¿Le costó mucho permitirse cambiar?

—Nunca es fácil. Muchos piensan que uno está con el enemigo, que traicionó sus ideales, que ahora está hablando otro lenguaje. Y yo le digo ¿¡cómo NO se puede hablar otro lenguaje!? Vivía en Berlín Oriental, viajaba constantemente a Europa Occidental. Entonces se inició en mí un proceso. Tuve que replantearme mis experiencias y vivencias. Salí de Chile a los 50 años; hasta entonces había vivido en un país del tercer mundo, en un país de Iberoamérica y, repentinamente, me encuentro en la capital del segundo mundo y vivo en contacto permanente con el primer mundo, con la Europa capitalista, occidental, con el mundo industrial. Ahí comienzo a comparar mi tercer mundo con el primer mundo y el segundo, a ver qué rescataba de cada uno, cuál eran las emociones que predominaban en mí. Me fui haciendo un sicoanálisis político, como quien dice... Y, de ahí, fue resultando este cambio; pero este cambio no sólo ocurría en mi cerebro: se veía fortalecido por los cambios objetivos que estaban ocurriendo en el primero, el segundo y el tercer mundo.

—Viví mi proceso con momentos de gran pesimismo; instantes de escepticismo sobre el futuro. Sentimientos mezclados. No es un proceso fácil. Yo entiendo lo terriblemente doloroso que es esto para millones de hombres que se han inscrito en ese tipo de valores, que han luchado y han sido perseguidos, reprimidos, torturados en todas las latitudes del mundo —no sóla la nuestra—. Este derrumbe es una catástrofe emocional y moral horrible. Yo he estado adentro —más menos— de los que han vivido esa catástrofe. Más que algunos, menos que otros, pero la he vivido. Mi proceso, mi transformación no lo puedo explicar en forma concisa y breve. Claro que cambié, pero el mundo cambió. Dicho así "usted cambió", en los términos maniqueos y dicotómicos del pasado significa "usted reniega hoy de lo que afirmó ayer"; "usted, en los términos leninistas, es un ¡renegado!".

—¿Si Lenin viviera...?

—Si Lenin viviera no sé si sería un "renegado". Era de un realismo y una oportunidad política extraordinaria. No sé si Lenin y Marx, en este minuto, estarían a mi derecha, por así decirlo.

—¿En ningún caso en lo mismo?

—Categóricamente, ¡no! Si no eran imbéciles. Lo menos que se le puede exigir a personajes geniales como ellos es que tengan algún vínculo con la realidad... Yo he vivido este cambio como algo extraordinariamente apasionante. Me considero un testigo privilegiado de la historia. Todos los que somos habitantes de estos años debiéramos pagar contribución por haber tenido el privilegio de vivir en este minuto de la historia. Mi privilegio fue haber estado en ese instante en un balcón como el de París, donde pude constatar lo que era el primer mundo, las viejas sociedades europeas, ese capitalismo europeo. Cómo desde allí se percibió este colapso, este derrumbe del muro que simbolizó el derrumbe de más de setenta años de luchas, de terribles crímenes.

¿Y Cuba?

—¿Cómo ve el caso cubano?

—Cuba. (Se queda cavilando). A Cuba la pienso como parte de este gran drama personal y universal, en forma contradictoria. Por una parte, me atrae esta actitud heroica de Fidel, **numantina** como llaman los españoles al resistir hasta el fin. Una actitud muy quijotesca. Por otra parte... pienso que uno no puede comprometer a un pueblo en una lucha que no está fundada en la realidad mundial de este minuto. Fidel, en buenas cuentas, arrastra a su pueblo, por una calle ciega. Por ese camino ¡no hay salida! El socialismo —suponiendo que esa es la sociedad socialista ideal— en un solo país, en una pequeña isla del mar Caribe es ¡absolutamente inconcebible! Si el socialismo en la Unión Soviética, —un sexto del planeta terrestre— se mostró inviable ¿puede subsistir en esa pequeña isla? Segundo: yo ya no comparto muchos de los principios que informan las ideas y la política de Fidel. Aparte de eso, condeno la política norteamericana por inmoral y falta de realismo. ¿En nombre de qué Estados Unidos le exige democracia a Cuba cuando no fue precisamente democracia lo que alentó en Cuba en el pasado, y cuando sostiene a decenas de regímenes dictatoriales y autoritarios en el mundo? Pero no porque se combate contra Fidel con armas incorrectas voy a pensar que la posición de Fidel es correcta. Ya abandoné esas posiciones que justificaban que en el llamado socialismo se asesinara porque antes los imperialistas asesinaban. Ya no. El asesinato no tiene una ideología política: es malo siempre. Por eso observo con enorme preocupación y tristeza lo que ocurre en Cuba. Desearía con toda mi alma que Fidel encontrara una respuesta adecuada a la realidad presente y no que se siga reduciendo a una posición exclusivamente testimonial, en una especie de gran sacrificio ritual colectivo.

Veinte años después

—Usted en el pasado propició la vía violenta y hoy aparece como moderado y pacifista... ¿Qué opina el Altamirano renovado del Altamirano revolucionario?

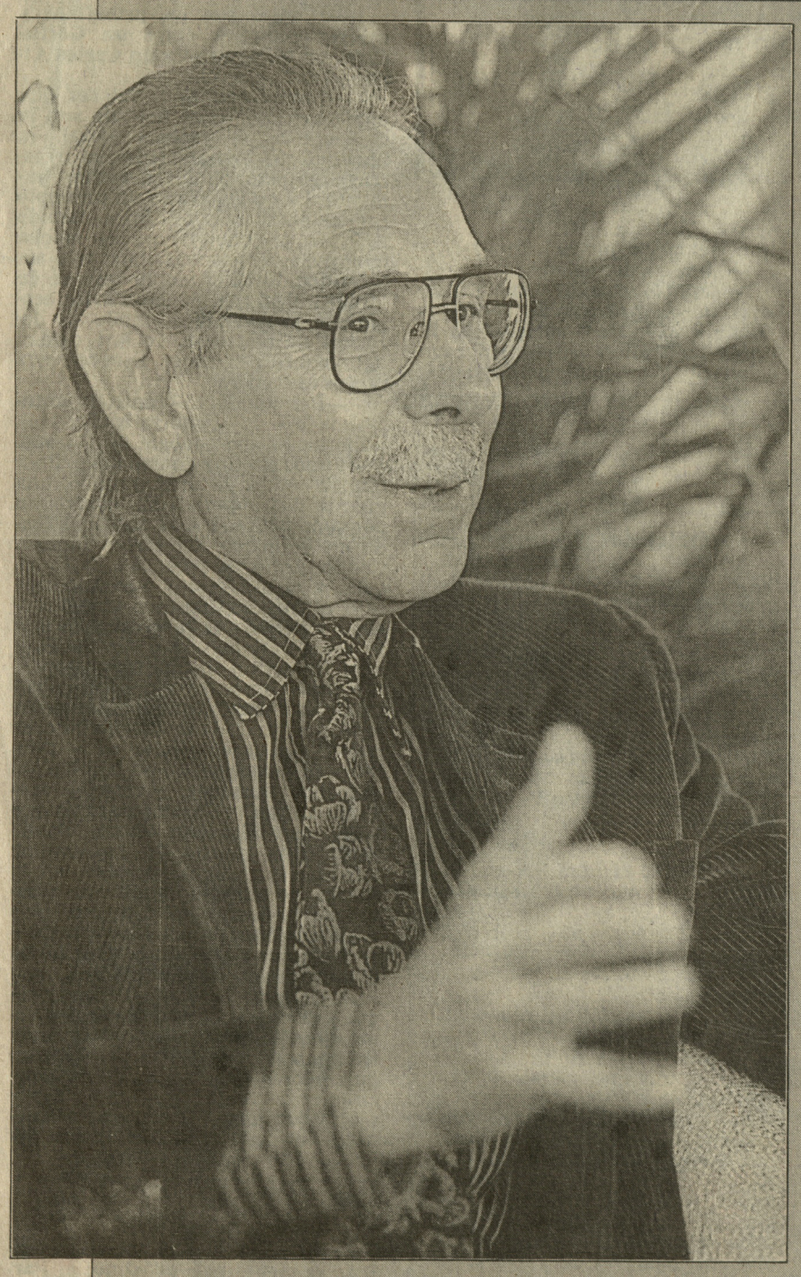
—Ningún hombre puede ser explicado extraído de su contexto histórico, sacado de su circunstancias. Mis ideas tienen que ser juzgadas en el tiempo histórico en que yo he vivido. Para mí el siglo 20 comenzó en la década del diez y terminó en los ochenta. Ya no estamos en el siglo veinte, en realidad, estamos viviendo en el siglo 21. Prácticamente fui contemporáneo de Lenin; nací en 1922, con la revolución bolchevique; en el marco de dos guerras mundiales, de violencia terribles. Y me marca muy fuertemente la guerra civil española, la aparición del fascismo, el exterminio de cuatro millones de judíos, el estalinismo; el asesinato de diez millones de campesinos en la Rusia de entonces. Todas las grandes luchas de liberación, llamadas de emancipación nacional —Viet Nam, los países de Africa, las luchas en América Latina—, los grandes actos de nacionalización —como el petróleo de Lázaro Cárdenas, el Canal de Suez, por mencionar las más impactantes... Entonces diría, repitiendo las palabras de Shakespeare: **"En ese mundo de grito y furor me formo y educo yo"** y participo de las grandes herencias de este mundo y también de los grandes errores. Entonces, no soy un puro error ni soy un puro acierto.

Los grandes errores

—¿Qué gran error está dispuesto a admitir?

—Varios. De repente se dice que el mundo de la izquierda permitió, toleró el horror stalinista. Es cierto. Los socialistas no fuimos suficientemente duros en la condena de ese mundo... Absolutamente cierto. Pero también el mundo de la derecha —para hablar en un lenguaje estereotipado— toleró y permitió el fascismo, el nazismo en Europa, cincuenta millones de muertos en la Segunda Guerra Mundial, cuatro millones de judíos cremados. No nos invoquemos mutuamente los errores y no nos justifiquemos nuestros horrores con los horrores del otro... Y en ese contexto histórico —del horror de la guerra del Vietnam hecha por Estados Unidos, del horror de la guerra de Indochina y de Argelia hecha por la Francia—, en ese horror nazco y tomo partido. Y no sólo en medio de horrores, también de acontecimientos positivos. Porque quién puede estar contra de que Vietnam se independizara, de que China emergiera de cinco mil años de despotismo oriental, de que en la Rusia se sustituyera una sociedad feudal zarista retrasada por otro tipo de sociedad que aspiraba a superar esos horrores —que no lo logró, pero era correcto intentarlo—. Reemplazar al zar por Lenin; a los siglos de aislamiento de China por Mao. Yo viví con pasión esa época histórica y participé en sus errores y sus aciertos. Por eso no estoy arrepentido ni considero mi vida frustrada. Fui un habitante del siglo veinte, participé en esta dicotomía: se estaba con Moscú o se estaba con Washington; se era imperialista o antiimperialista; se estaba con los burgueses o se tomaba la causa del proletariado mundial. Yo estuve en las luchas antiimperialistas, tomé la causa del proletariado mundial, me definí por ideologías antiburguesas y es ese mundo dicotómico, de buenos y malos, el que ha colapsado. El colapso de la Unión Soviética traerá cambios muy profundos en el primer mundo capitalista; esos dos mundos que estuvieron en una lucha frontal hasta ayer. Cambiaron mis ideas porque viví una experiencia terriblemente traumática, porque estuve con las antenas abiertas a lo que ocurría en Europa del Este y del Oeste y ahora es otra mi visión del mundo. Si a esta visión se la quiere calificar con términos despectivos... no me preocupa mucho. No estoy postulando a nada. La historia ya me dio la razón. Cuando juntos —varios compañeros del socialismo— iniciamos el proceso de renovación, nuestra posición aparecía demencial, como una traición. Hoy muchos de los que me combatieron están muy acomodados en el sistema, demasiado acomodados algunos —para mi gusto— y demasiado conformistas.

"La Unica Utopía Posible Ahora Es la Cristianización del Capitalismo"



¿TIENE, a veces, cargos de conciencia? ¿No siente culpa por los que cayeron defendiendo las ideas que usted propaló y en las que ya no cree?

—Sí. Muchas veces, ¡por cierto! que he sentido cargos de conciencia. ¡Por cierto! porque me ha dolido mucho lo que yo lideralizaba. Pero en otros instantes me he respondido que luchamos por una gran causa. Mi lucha no fue por ganar en lo personal; no fue por ganar dinero; no fue por mantener mis propiedades. Mi lucha fue porque Chile comiera, porque el 80 por ciento de los chilenos tuvieran acceso a una vida más justa. Y esas no son palabras: así lo sentí y viví yo. Que en esa lucha, por esos principios y esos valores cometí –para no hablar en plural–, cometí errores, sí. Pero no los cometí en beneficios personales, ni para defender a una minoría, ni para tener una suculenta cuenta en el exterior, sino en defensa de los valores en que creo. Por eso no me considero traidor a los valores. Yo quiero la integración de la sociedad. Que se cree la integración del ochenta por ciento a una vida digna. No puedo aceptar una sociedad de doce millones de habitantes, con cinco millones de pobres. Una sociedad así no es moderna. Nadie puede tener la pretensión y el egoísmo de hablar de que Chile es una sociedad moderna.

—¿Cuál es el camino, según usted, para que esos cinco millones se integren?

—Para mí el camino hoy —y esa es una diferencia importante con lo que pensaba ayer—, el camino es de reformas graduales. De cambios muy profundos que se van produciendo en una lucha constante y sistemática en función de estos valores.

—Concretamente, ¿en qué sistema económico?

—En el sistema capitalista. Porque, para mí, por todo el fin de este siglo y la mitad del próximo siglo, por lo menos, el sistema dominante en el mundo es y será el capitalismo. En los próximos sesenta años la lucha fundamental será entre dos tipos de capitalismo: entre un capitalismo duro y puro, un individualismo salvaje, y un capitalismo cristianizado, socialdemocratizado, humanizado. Pero no creo que el capitalismo, en definitiva, pueda responder a un esquema cristiano, pero, por el momento, la única ambición realista, la única utopía posible es la humanización, la cristianización de ese capitalismo.

—¿Y en definitiva?

—Para mí, en definitiva, ese capitalismo estratégicamente es inviable. En síntesis, por dos razones fundamentales: porque el capitalismo no puede resolver su gran contradicción entre el productivismo y el consumismo y los equilibrios ecológicos. Más producción, más consumo significa terminar con la ecología de la tierra. El día que 1.200 millones de chinos tengan la tercera parte del poder de consumo de Estados Unidos, con sus 18 mil dólares **per cápita**, el día que los chinos tengan seis mil dólares per cápita... la energía del mundo se agota en un año. El día en que los chinos circulen en auto como lo hacen los americanos, enciendan sus calefactores, tengan aire acondicionado... ¡no hay energía que permita eso! Imposible. Y no estoy hablando de los mil millones de hindúes del siguiente siglo, ni de los dos mil millones tercermundistas. El capitalismo es inviable, a la larga, por razones ecológicas. Y porque su desarrollo es consustancialmente desigual. La naturaleza del desarrollo capitalista es creadora de desigualdad y el mundo hoy día, Chile hoy día, Santiago hoy día, no tolera estos niveles de desigualdad. Porque, por otra parte, está la información; la televisión es el más terrible enemigo de la desigualdad... Países como los europeos hoy, de 18 mil dólares, antes de fines de siglo serán países de 30 mil dólares **per cápita**. ¡Imagínese cómo van a ser! Esos países con 30 mil y nosotros, muy desarrollados, con tres mil. Y los no desarrollados —Haití— con trescientos dólares **per cápita**; ¡será intolerable! económicamente, moralmente y políticamente. Tiene que haber una salida de solidaridad, fundamentalmente por razones morales, pero no sólo por eso. Yo hago gran hincapié en la dimensión moral y creo que fue ¡un gran error eso de la religión opio de los pueblos!

—Entonces, finalmente, ¿el socialismo no ha muerto y usted sigue siendo socialista?

—Sigo pensando que, moralmente, es intolerable que haya estas injusticias gigantescas en el mundo contemporáneo. Socialmente es imposible y quien crea que se puede perdurar en esta terrible desigualdad en los próximos veinte o treinta años es un ciego. El mundo arriesga un cataclismo ecológico si seguimos produciendo y produciendo y consumiendo y consumiendo. Segundo, el mundo arriesga un cataclismo social si continúan unos avanzando a los treinta mil dólares y otros quedándose en la barrera de los mil dólares **per cápita**. Y eso repetido en Chile, en Santiago. Unos en ese barrio, con veinte mil dólares; los otros allá, con doscientos dólares **per cápita**. Habrá que tener más guardias, más aparatos electrónicos para defenderse, que suenen alarmas, los barrios estarán con alarmas informatizadas para que no entre nadie de afuera. Así este mundo es inconcebible. No es viable el **socialismo real** y tampoco es viable el capitalismo salvaje, pero en los próximos años tenemos que operar en un sistema capitalista, de empresa privada, de mercado, individualista. Y la respuesta a ese sistema —que para mí no es deseable ni viable, en definitiva— no es ya la revolución fundadora, no es el llamado a una clase a la liberación, no es la construcción de un partido de revolucionarios armados, no es el establecimiento de una propiedad colectiva ni de un sistema rígidamente planificado. Esa respuesta ya fracasó. Se colapsó en noviembre de 1989 con la caída del Muro de Berlín. La respuesta a ese mundo no es el conformismo, no es asumir una postura cínica, no es la aceptación o el derrotismo, sino mantener una de las ideas fundamentales de Marx: la idea de la transformación de la sociedad. Yo sigo en la idea del cambio, de la transformación. Esa es una gran diferencia entre un pensamiento conservador y un pensamiento progresista, de izquierda, liberal incluso...

—¿Cómo?

—Con políticas inspiradas con un valor: esto no es aceptable moral ni económicamente. Ese es un mundo inaceptable para mí.

—¿Dónde está su cambio, entonces?

—Un cambio muy sustancial. Antes, en mi visión marxista-leninista el cambio era sólo posible a través de una revolución violenta que sustituía a una clase por otra —a la burguesía por el proletariado—; que socializaba todos los medios de producción y establecía un sistema planificado de producción. Esa visión estaba equivocada; no la idea que hay detrás: que no podemos permitir una sociedad que funcione sobre la pobreza de miles y miles, sobre las injusticias, la marginación. Una sociedad no se puede fundar en que unos vivan opulentamente y otros en la miseria. El cambio se hace diariamente, sistemáticamente. Y por eso esta lucha es más difícil: es menos heroica, menos gloriosa que la otra... Antes uno entregaba la vida en un instante y el mundo se salvaba. Ya no creo en una ideología salvadora, no creo en una revolución fundadora, no creo en un partido ni en una clase mesiánica, pero sigo creyendo que la voluntad del hombre puede cambiar la sociedad en que vive.

La voz le vibra. Y de pronto se detiene y termina:

—Me preguntó si el socialismo ha muerto... Yo he superado estas terminologías apocalípticas: **"el socialismo ha muerto"**; **"el fin de la historia"**; **"la posmodernidad"**. Son afirmaciones de una gran fuerza publicitaria, pero, a mi juicio, falsas. En la historia nada muere en forma tan definitiva, todo se va haciendo, creando y recreándose. El socialismo tiene mucho que aportar al mundo que está naciendo hoy día. Para mí el mundo europeo, en una gran caricaturización, o simplificación, es el producto de tres grandes revoluciones en el pensamiento: la cristiana, la tradición liberal y las concepciones marxistas... Uno de nuestros grandes errores fue pretender aislar el marxismo —nacido en Europa— de su contexto histórico y transformarlo en una panacea universal. En el futuro nosotros, socialistas; nosotros —izquierda— no debemos continuar esta concepción de exclusiones, ni renegar de la concepción cristiana. Debemos reivindicar los elementos cristianos que hay en toda concepción de lucha —en Marx hay mucho de la tradición judeo-cristiana— y debemos reconocer los valores liberales de la tradición ilustrada iluminista francesa. Yo no creo que el socialismo haya muerto; creo que sus principios están vigentes. ¿Cómo se concretan en Francia, la Unión Soviética, Chile o las Islas Fidji? En formas diferentes, según cada realidad. Pero, en lo esencial, creo que en los próximos sesenta años el sistema en el mundo es capitalista. Y ahí hay que operar.